

Occidente profesaban aun el arrianismo. — Los estragos que habia hecho el maniqueismo en el Egipto, norte de África y provincias de la Siria, determinaron á Teodosio el Grande á dar contra los fautores de esta herejía una ley que intimaba al prefecto del pretorio de Oriente establecer *inquisidores* para buscarlos, descubrirlos y castigarlos, en 382. Esta es la primera vez que aparece en los anales de la Iglesia el nombre de *inquisidores* contra los herejes. — Este mismo año el papa reunia en Roma un concilio numeroso, en el cual se hallaron san Epifanio de Chipre, san Paulino de Antioquia, san Ambrosio de Milan y san Ascolo de Tesalónica. La eleccion de Flaviano, que preparaba el cisma de la iglesia de Antioquia, fué anulada. Se renovó en este concilio la condenacion decretada contra el hereje Apolinar y Timoteo, su discipulo. San Dámaso escribiendo con tal motivo á los obispos de Oriente, les felicitó por su sumision á la Santa Sede. « Cuando vuestra caridad, les » dice, tributa á la silla apostólica el respeto que le es debido, » la mayor ventaja será para vosotros mismos, mis amados » hijos. » Este fué el último acto solemne del pontificado de este hombre grande. El Oriente y Occidente, reunidos en la misma fe, reconocian la autoridad del legitimo sucesor de san Pedro. Para asegurar en lo venidero y fijar irrevocablemente el texto de las sagradas Escrituras, el papa acababa de hacer á vista suya por san Jerónimo una traduccion exacta del original hebreo: es la misma que mas tarde declaró auténtica el concilio Tridentino. En este inmenso trabajo, además de las exhortaciones del papa que le estimulaban mas, san Jerónimo acogia tambien las benévolas é ilustradas indicaciones de las mas ilustres matronas romanas, que se entregaban con piadoso entusiasmo al estudio de las sagradas Letras. Las santas Melania, Marcela, Asela su hermana, Paula y Paulina su hija, Lea y Fabiola, la vírgen Eustoquia, pertenecientes á las mas ilustres familias romanas, se hicieron discípulas del austero anacoreta de la Palestina, que ha hecho célebres sus nombres y virtudes en sus elocuentes escritos. El papa prodigaba á san Jerónimo las honras que merecian sus

talentos, pero que rehusaba su modestia. Le hizo su secretario privado y le encargaba la redaccion de su voluminosa correspondencia. Y en medio de tantas preocupaciones y trabajos, san Dámaso murió el 11 de diciembre de 384. Antes de morir, tuvo tiempo de recomendar á Teodosio para la educacion de su hijo el César Arcadio al diácono Arsenio, y con esta eleccion prestaba, moribundo, al mundo el mas señalado servicio, pues que hubiese contribuido á formar un príncipe virtuoso y sabio si Arcadio hubiera correspondido á los cuidados de Arsenio.

§ II. PONTIFICADO DE SAN SIRICIO (1.º de enero de 385-25 de noviembre de 398).

10. San Siricio, sacerdote romano, fué elegido papa el 1.º de enero de 385, é inauguró su pontificado respondiendo á una consulta sobre varias puntos de disciplina que habia dirigido Himerio, metropolitano de Tarragona en España, á san Dámaso, muerto en el intervalo. Es la primera epístola decretal que haya llegado [auténticamente] hasta nosotros. Se da este nombre á las decisiones de este género, porque tienen fuerza de ley. La de san Siricio da reglas para la reconciliacion de los herejes; la época fijada para conferir el bautismo solemne, que se acostumbraba dar entonces de Pascua á Pentecostés; para la aplicacion de la penitencia pública, edad de los ordenandos, é intersticios que se habian de guardar en su colacion. El papa exigia treinta años para los acólitos y subdiáconos; despues de cinco años de diaconado se podia recibir el presbiterado; y pasados diez años de sacerdocio, el obispado. Otro punto importante tratado por san Siricio es el del celibato de los clérigos, que establece formalmente como una tradicion apostólica. Poco despues fué dirigida otra decretal á Anisio, discípulo de san Ascolo y sucesor suyo en la silla de Tesalónica. El papa le recomienda vigilar las ordenaciones episcopales en la Iliria, y de no tolerar, en su caridad de metropolitano, que sea consagrado ningun obispo sin su consentimiento. En el caso que él mismo no pudiese presidir á la

eleccion y consagracion, debia delegar esta funcion al obispo que mejor le pareciere.

11. El emperador Graciano, cuya juventud habia dado tan brillantes esperanzas, acababa de ser asesinado en Tréveris (año 383) por Máximo, oficial de su ejército. El asesino se revistió á sí mismo de la púrpura imperial y habia usurpado el trono de su víctima; y no podia tardar en dirigir sus armas contra Valentiniano el Joven, hermano de Graciano, que reinaba en Milan. La emperatriz Justina, madre de este joven príncipe, enteramente apasionada por los Arrianos, ni siquiera pensaba en precaverse contra tales ataques. Solo se ocupaba en perseguir á san Ambrosio, porque se rehusaba á ceder á los Arrianos una de las iglesias de Milan (385). Gracias á su influencia, pareció en el año siguiente un edicto, volviendo á esos herejes la libertad de juntarse y de profesar públicamente la fórmula de fe de Rímíni (386). El canciller del imperio, Benévolo, católico celoso, se negó á firmar el decreto: arrojó á los piés de Justina las insignias de su dignidad, y fué desterrado á Brescia. A las reiteradas instancias de la emperatriz, respondió san Ambrosio: « Naboth no quiso entregar la herencia de sus padres, ¡y yo he de entregar la de Cristo!» Se le tuvo sitiado muchos dias en la basilica por una tropa de soldados; y por otra parte, el pueblo estaba alerta por la vida de su obispo. En tan dificiles circunstancias, san Ambrosio, obligado á predicar todos los dias á la muchedumbre que se habia hecho prisionera con él, supo evitar en todos sus discursos cuanto pudiera agriar los ánimos; y aun se aprovechó de esta circunstancia para avivar en todos los corazones sentimientos de piedad y de fe. La maravillosa circunstancia de la invencion de las reliquias de san Gervasio y Protasio, y los milagros que acompañaron su traslacion, confirmaron lo que habia ya operado la elocuencia del santo obispo. Los Arrianos y la emperatriz cesaron la persecucion; y no contribuyó poco, tal vez, el temor de Máximo. Se habia propagado, con algun fundamento, que este usurpador iba á entrar en Italia para despojar á Valentiniano III. En tal coyuntura, la emperatriz Justina

recurrió al santo obispo, á quien desde dos años hacia trataba como enemigo. Era inmensa la reputacion de Ambrosio en las Galias. Preguntaban en cierta ocasion algunos Francos á Arbogasto, general de los ejércitos imperiales, si conocia al obispo de Milan: « Le conozco, respondió, y me honra con su » amistad. — No es extraño, replicaron, que hayais ganado » tantas victorias, porque sois amigo de un hombre cuya palabra detendria al mismo sol en medio de su carrera. » A Ambrosio pues se dirigió Justina para fiarle la mision de detener los proyectos hostiles de Máximo. El aparente pretexto de la embajada era de recoger y reclamar los restos de Graciano. El santo obispo olvidando todas las injurias pasadas, se puso inmediatamente en camino y llegó pronto á Tréveris. Máximo acogió sus peticiones con respuestas evasivas (387). Su corte estaba llena de obispos de España, que pedian á Máximo castigase de muerte á los Priscilianistas. Ambrosio les dijo que Dios no pedia la muerte del pecador, sino su conversion; y trataba de traerlos al verdadero espíritu de la Iglesia, que es el de la mansedumbre y de la caridad. Como nada ganaba con ellos, endurecidos en su rigor, se negó á comunicar con ellos en los sagrados misterios. Máximo, cuyos instintos de crueldad lisonjeaban estos obispos, se declaró abiertamente su protector, y dió orden de castigar con pena de muerte á todos los Priscilianistas, é intimó á san Ambrosio comunicase con los obispos españoles. Se negó á ello el obispo de Milan, así como san Martin de Tours, que á la sazón se hallaba en Tréveris. Enfurecido el usurpador, mandó decir á san Ambrosio que se volviera á Milan. El mal éxito de esta embajada sirvió á los enemigos del santo de pretexto para renovar sus intrigas: se le acusó de sobrado rígido é inflexible. Se volvió pues á enviar á Máximo un agente cortesano, que fué acogido con muestras de la mayor benevolencia. San Ambrosio advirtió á la emperatriz que no se fiase de un enemigo que encubria sus designios hostiles con hipócrita máscara. No se le creyó: mas apenas habian llegado por el correo estas advertencias de Ambrosio, cuando Máximo invadió la Italia al frente de un

ejército formidable. Valentiniano y su madre apenas tuvieron tiempo para embarcarse para Tesalónica, donde se pusieron bajo la protección de Teodosio, que se la otorgó con heroico y magnánimo corazón. Este gran príncipe fué á marchas forzadas á la Panonia, donde en dos batallas campales derrotó completamente el ejército de Máximo, dos veces mas numeroso que el suyo, persiguió al usurpador y le alcanzó en Aquileya, donde el asesino de su soberano encontró en una muerte vergonzosa el castigo de su crimen (28 de julio de 388). Esta victoria puso todo el Occidente en manos de Teodosio. Valentiniano III solo habia poseido la Italia, Iliria y África. Teodosio se las devolvió, y aun le añadió los Estados de Graciano, esto es, la España, la Galia y la Gran Bretaña. Se contentó con hacer observar al jóven emperador que debia honrar al Dios de quien penden todos los imperios, y que cesase de perseguir, como hasta entonces habia hecho, á los católicos, sus mas fieles súbditos.

12. Este rasgo de moderacion acrecentó en todo el universo la gloria de Teodosio. En el año anterior (387), este mismo emperador habia dado al mundo un ejemplo inmortal de clemencia. Con motivo de algunos subsidios extraordinarios habia estallado un motin en Antioquia. La ciudad quedó algunos momentos entregada á los excesos de los amotinados; las estatuas de Teodosio, arrancadas de sus pedestales, arrastradas por el fango, se habian abandonado á ser juguetes de los muchachos, que llevaban los trozos por las calles en medio del vocerío del populacho. Apenas hubo pasado el delirio, se apoderó de la ciudad entera un estupor mortal; y esperaba consternada el momento del castigo. Los habitantes se iban huyendo al través de los campos, y Antioquia por su sepulcral silencio parecia como fatídico despoblado. Todo hacia prever que seria muy terrible el castigo. Y en efecto á la primera noticia de tamaños excesos, Teodosio se enfureció tanto mas cuanto que habia manifestado por Antioquia la mayor benevolencia, y dió las órdenes mas rigurosas. Sus correos llegan en medio de aquella ciudad inconsolable:

se habia perdido toda esperanza; pero quedaban, para salvar á Antioquia, el celo patriótico de Flaviano, su obispo, y la elocuencia de san Crisóstomo. Se logra de los magistrados la suspension de la ejecucion de los imperiales decretos durante el viaje del santo anciano Flaviano, el cual en lo mas crudo de un rigoroso invierno, despreciando sus achaques y avanzada edad, parte para Constantinopla sin detenerse dia ni noche. Mientras tanto san Crisóstomo, á quien habia encargado consolase y animase al pueblo en su ausencia, desde lo alto del púlpito cristiano, desde donde su palabra persuasiva y tierna atraia y seducia los corazones, abreviaba para los fieles los dias de incertidumbre y de crueles angustias. Este sacerdote, cuyo nombre inmortal ha quedado como símbolo de sobrehumana elocuencia, tenia apenas treinta años. Habia renunciado á todas las esperanzas de una brillante juventud, se habia esquivado de las lágrimas de su amada madre, para huir á la soledad. Flaviano, por una excepcion justamente motivada, le habia promovido al sacerdocio antes de la edad prescrita entonces por la disciplina ordinaria. Juan Crisóstomo sobrepujó á todo cuanto hubiera podido esperarse de él. En las tristes coyunturas que vamos refiriendo, supo calmar los temores del pueblo y enjugar sus lágrimas: á él se debió la tranquilidad de la ciudad, sobrecogida en continuas alarmas. Pronunció en este intervalo veinte discursos que aun poseemos, y que se comparan á cuanto Roma y Atenas han producido de mas elocuente y sublimemente patético. Incierto del partido que tomaria Teodosio, con arte divinamente maravilloso mezcla juntamente la esperanza del perdon y el menosprecio de la muerte, disponiendo así y preparando sus oyentes á recibir con sumision y sin perturbarse las órdenes de la Providencia. Entra siempre con ternura en los sentimientos de sus conciudadanos, pero los levanta de ánimo y los fortalece. Nunca les obliga á detenerse largo tiempo en la consideracion de su desventura; sino que muy pronto los transporta de la tierra al cielo. Para distraerlos del temor presente, les inspira otro mas vivo y superior; los ocupa en el amargo re-

cuerdo de sus pecados, les insta para que se corrijan, y les muestra el brazo de Dios levantado sobre sus cabezas, é infinitamente mas terrible que el de los reyes del mundo. En el entretanto Flaviano habia llegado á la corte de Teodosio: se presentó ante este príncipe con lágrimas en sus mejillas. El discurso que le dirigió, y que se supone compuesto por san Juan Crisóstomo, es un modelo inimitable. Cuando hubo acabado de hablar, le costaba mucho al emperador contener su emocion. Pero no pudiendo resistir mas, lloroso y tierno le respondió: « ¿Qué maravilla será el que un hombre perdona » á hombres, sus hermanos, cuando Jesucristo, señor del » mundo, crucificado por los Judios, pidió perdon á su Padre » por sus propios verdugos? Id pues, padre mio; regresad á » vuestro pueblo; volved la calma á Antioquía; porque no » quedará sosegada, despues de borrasca tan violenta, sino » volviendo á ver y á poseer su piloto. » Flaviano emprendió inmediatamente su vuelta á Antioquía; mas, para no privar á su pueblo de algunos dias de regocijo y de calma, mandó correos que llevaron la carta del emperador con increíble celeridad. Cuando se leyó en la plaza pública, en medio de un general silencio, y se llegó al párrafo donde Teodosio revocaba las órdenes anteriores dadas para castigo de la ciudad y de sus habitantes, se oyó en los aires una aclamacion universal de júbilo y entusiasmo. En un instante todas las calles se adornaron de festones y guirnaldas, se hicieron tablados de música en las plazas públicas; en la noche siguiente toda la ciudad se iluminó, por manera que su luz igualaba á la del mas claro dia: y cuando algunos dias despues llegó el santo anciano Flaviano, fué recibido en triunfo.

13. Es muy sensible para Teodosio que no se haya mostrado semejante á sí mismo en una circunstancia análoga. La ciudad de Tesalónica, capital de la Iliria, se habia amotinado por motivo del arresto de un escudero del circo, á quien amaba mucho la poblacion (389). Los magistrados de la ciudad fueron asesinados, y el gobernador Boterico, que habia firmado la orden de arresto, fué apedreado por el populacho. Este motin

era tanto mas culpable y criminal cuanto que la medida era altamente justa, pues que el escudero se la habia merecido por sus malas é infames costumbres. A la nueva de esta sedicion, Teodosio en un exceso de cólera habló desde luego de arrasar la ciudad criminal para espantar los ánimos con un castigo ejemplar, é impedir así iguales desórdenes. San Ambrosio logró moderar este primer movimiento, y el emperador prometió proceder segun reglas de justicia. El negocio fué sometido al consejo imperial, y se resolvió en él castigar Tesalónica con una matanza general. La orden estuvo secreta para no dar sospechas á la vigilante solicitud de san Ambrosio. Se reunió á toda la poblacion en el teatro so pretexto de una corrida de carros, etc.; pero en lugar de la señal para los juegos, fué dada la de pasar á cuchillo parte de la poblacion durante tres horas. La matanza duró este tiempo, sin distincion de ciudadano ó forastero, edad, sexo, inocencia ó culpabilidad; pereciendo en ella siete mil personas á manos de los soldados. Fué inexplicable el dolor de san Ambrosio. Teodosio mismo, espantado de su accion, se quedó ocho meses sin atreverse á entrar en la iglesia, remordiéndole mucho la conciencia. San Ambrosio le habia entredicho entrar en templo alguno; mas como Teodosio insistiese, apoyándose en el ejemplo de David, á quien Dios habia perdonado su crimen, le respondió el obispo: « Pues que le habeis seguido en el crimen, imitadlo » en la penitencia. » Por fin, en la fiesta de Navidad el emperador se presentó á san Ambrosio, quien desde luego le hizo firmar una ley segun la cual las sentencias de muerte y de confiscacion no serian ejecutadas en adelante sino treinta dias despues de dadas, para dar tiempo á la razon de volver en sí del primer movimiento de ira; y en seguida le dió la absolucion. Teodosio entró entonces en la basilica de Milan, y allí, en presencia de todo el pueblo reunido, habiéndose despojado de sus vestiduras imperiales, se postró en el pavimento, derramando lágrimas y repitiendo las palabras de David: *Adhæsit pavimento anima mea: vivifica me secundum verbum tuum*. Se le quedó indeleblemente grabado en el corazon el aconteci-

cimiento de Tesalónica; y el deseo de expiar mas y mas este crimen redobló su celo contra la idolatría, cuyos templos hizo destruir, quemando todos los ídolos en Alejandría y en todo el Egipto. La estatua y templo de Serapis fueron destruidos, y se descubrieron entonces los misterios de iniquidad de que se hacían reos desde tiempo inmemorial los sacerdotes paganos, y las supercherías con que embaucaban á las gentes, engañaban á los pueblos (391). Atento á reprimir todos los abusos, Teodosio promulgó una ley contra la vagancia de los *Masalienos*, monjes herejes ya condenados en un concilio por san Flaviano de Antioquía (390). Sostenían estos que solo la oración era necesaria para la salvación, aun con exclusion de los sacramentos. Con este principio de moral tan laxa, se entregaban á la holgazanería, recorrían las provincias de la Siria, y se abandonaban á todos los desórdenes.

Asuntos de mas grave trascendencia necesitaron muy pronto la intervencion de Teodosio. El conde Arbogaste hizo ahogar en la noche al emperador Valentiniano III, cuyas buenas cualidades se iban desarrollando despues de la muerte de su madre la emperatriz Justina, bajo la influencia de san Ambrosio (15 de mayo de 392). El asesino elevó al trono de Occidente un literato llamado Eugenio, fantasma de soberano, á cuya sombra intentaba reinar. San Ambrosio, fiel á la memoria de Valentiniano, no quiso comunicar con el matador, y huyó de Milan cuando se acercaba. Eugenio y Arbogaste enfurecidos juraron que para vengarse harían cuadra de la catedral Ambrosiana, y obligarian á llevar las armas al clero de Milan. Teodosio no les dejó tiempo de ejecutar su proyecto. Acudió contra ellos á Italia al frente de su ejército, y la batalla de Aquileya dió fin al poder efimero y á la vida de Eugenio y Arbogaste (6 de setiembre de 394). Teodosio hizo participar inmediatamente la noticia de su victoria á san Ambrosio, para suplicarle rindiese al cielo acciones de gracias. El santo obispo no se valió de su influencia con Teodosio sino para solicitar el perdón de los comprometidos en la rebelion de Arbogaste; lo que obtuvo sin dificultad. El emperador, cuya salud

se hallaba quebrantada, se ocupó en dar las disposiciones necesarias para prevenir los desórdenes que pudiera causar su muerte. Dividió sus Estados entre sus dos hijos: Arcadio, el primogénito, tuvo el Oriente; Honorio, el Occidente. Ni uno ni otro se propusieron eficazmente hacer olvidar al mundo la pérdida de Teodosio el Grande, que murió en Milan, el 17 de enero de 395, pronunciando el nombre de san Ambrosio. Teodosio fué modelo de un príncipe cristiano. Su administración, leyes y grandes actos de su imperio fueron siempre inspirados por el espíritu del Evangelio. La matanza de Tesalónica nos le muestra mas grande en las humillaciones de la penitencia que en el apogeo de sus victorias. San Ambrosio en la oración fúnebre que pronunció en los funerales de este gran príncipe arrancó lágrimas á la muchedumbre y á los soldados: « He amado, decia, á este príncipe, á este héroe que » ha llorado públicamente un pecado que otros le habían hecho » cometer por artificio, y que lo ha llorado toda su vida! Acaba » baba de ganar una brillante victoria en la guerra mas justa que » jamás hubo, y sin embargo se abstuvo durante algun tiempo » de la participacion de los sagrados misterios por no presentarse al altar con manos teñidas de sangre. He amado á este » héroe misericordioso y clemente; y por ello lo lloro con todas mis entrañas. He amado á este héroe: mis ruegos y mis » lágrimas no cesarán de ser ofrecidas al cielo para que sea » introducido en la montaña santa del Señor, en la verdadera » tierra de los vivientes. » Toda la Iglesia acompañó á san Ambrosio en tan santos y nobles sentimientos, y la memoria de Teodosio ha sido y será siempre en ella acatada con veneracion. Poco sobrevivió el santo arzobispo á la muerte de un príncipe que había sido su amigo. Acababa de recibir la diputacion de una reina de los Marcomanos, llamada Fretigilda, que deseaba conocer la religion: la carta en que le respondió en forma de catecismo es una obra maestra. Esta reina, movida de lo que había sabido de san Ambrosio, vino á Milan para recibir el bautismo de sus manos propias. Mas cuando la reina llegó, el santo no vivía ya, porque había ido á recibir la re-